

La educación católica en la actualidad*

Cardenal Pio Laghi

«Para la Iglesia, educar al hombre es parte integrante de su misión evangelizadora, continuando así la misión de Cristo» (DP 1012).

Con estas palabras del Documento de Puebla quiero abrir mi exposición ante Ustedes en este Encuentro que constituye un evento de gran importancia para la vida de la Iglesia en Guadalajara. Están aquí reunidos sacerdotes, religiosos y laicos, que toman parte activa en el mundo de la educación; representan una realidad eclesial imponente, que ofrece oportunidades extraordinarias a la irradiación cristiana en México.

Es importante que nos demos cuenta de este hecho, con el fin de poder vivir este Encuentro con un corazón grande y en sintonía con los caminos de la Iglesia y del mundo, atentos a los desafíos que tenemos por delante y, a la vez, conscientes de las enormes posibilidades que hay en nuestras manos. En efecto, sabemos que educar en cristiano significa plasmar una futura sociedad cristiana.

Con esta conciencia, alleguémenos al tema específico de esta Conferencia: «*La Educación Católica en la actualidad*».

Presentarlo de forma útil para todos implica hacerlo bajo un concepto unitario; lo cual es difícil si se considera que Ustedes representan sectores muy diversos de la Pastoral eclesial educativa, donde existen situaciones religiosas, culturales y sociales diversificadas, y por eso mismo programas educativos distintos. Tomaré en cuenta, por tanto, sólo los elementos comunes por encima de las diversidades, y así hablaré de la educación católica en su misma identidad; el concepto central y esencial de la educación católica se hace preciso como paradigma a la hora de planear cada uno el propio programa educativo. En esta charla, pues, trataré de exponer algunas consideraciones sobre el concepto de la educación católica y enunciar algunos datos sobre su situación en el mundo; espero que

* Conferencia pronunciada en Guadalajara, el 7 de septiembre de 1996.

ellos puedan servir de coordenadas para trazar a su luz sus planes de trabajo. Los expondré siguiendo este orden:

I. La Iglesia es educadora: porqué y cómo lo hace en la actualidad.

II. Algunos rasgos de la situación de la educación católica en Latinoamérica y en México.

III. Algunas prioridades educativas actuales a nivel mundial.

I. La Iglesia es educadora: porqué y cómo lo hace en la actualidad

Al afrontar el porqué de la labor educativa de la Iglesia no se puede dejar de ver la cuestión a la luz de las perspectivas enunciadas por el Concilio Vaticano II y desarrolladas luego por otros documentos de la Iglesia.

Nuestro punto de partida es la Declaración Conciliar *Gravissimum educationis*, como de hecho lo ha sido también para el compromiso y el empeño de la Iglesia postconciliar respecto a esta misión. En este importante documento la Iglesia ha renovado solemnemente su profesión educadora, diciendo:

«Y como la santa madre Iglesia debe atender a toda la vida del hombre, incluso la material, en cuanto está unida con la vocación celeste, para cumplir el mandato recibido de su Fundador, a saber, el anunciar a todos los hombres el misterio de la salvación e instaurar todas las cosas en Cristo, corresponde a la Iglesia también una parte en el desarrollo y en la extensión de la educación» (*GE*, Proemio).

En la lectura de este documento podría uno estar tentado a pensar que la Iglesia cobró una renovada visión de la tarea educativa como parte integrante de su misión ante la realidad de que en nuestro tiempo la educación se está haciendo patrimonio de casi todos. Podría ser en parte verdad. Efectivamente, el ideal de «una educación al alcance de todos», sin distinciones de raza, de sexo, ni de condición económica y social, fue no sólo reafirmado vigorosamente por el Concilio, sino calificado como motivo de satisfacción y de con-

suelo dentro de su misión de ser «Madre y Maestra» de la humanidad por mandato de su Fundador.

Un hecho semejante no debe, sin embargo, eximir a la Iglesia de un serio examen de conciencia para tomar el pulso a la situación desde la perspectiva y el espíritu del Evangelio.

Lo digo, sobre todo, considerando la universal ansia de desarrollo y progreso y la necesidad de saber unir en ella los conceptos que a veces se separan de «desarrollo» y «educación». Hasta hace poco, en efecto, se ha tratado de hacer consistir el progreso de los pueblos en un programa casi exclusivo que mira a su transformación económica, olvidando que la ignorancia es para el individuo y para la sociedad una miseria por encima de la misma pobreza y el hambre.

Hoy esta mentalidad está en proceso de cambio. Se va sintiendo con mayor fuerza cada vez que es preciso encontrar formas de desarrollo en las cuales se tenga en cuenta al hombre, con sus recursos y sus aspiraciones; al hombre en su totalidad física, espiritual, individual y social.

Lo demuestran iniciativas realizadas recientemente por Organismos Internacionales, tales como la ONU y la UNESCO, que han promovido el «Año Internacional de la Alfabetización» en 1989 y la «Conferencia Mundial» de Joutián, con las que se ha tratado de garantizar el derecho de todos a la educación; también las Cumbres mundiales, tenidas más recientemente, «sobre el Ambiente» en Río de Janeiro, «sobre Población y Desarrollo» en El Cairo, «sobre Desarrollo Social» en Copenhague, «sobre la Mujer» en Pekín, y «sobre la Vivienda» en Estambul han contribuido indirectamente a este objetivo del progreso mediante la educación.

La Iglesia, precisamente porque es el porta-estandarte de la relación íntima existente entre desarrollo y educación, no ha dejado de seguir con particular atención estos eventos, como Ustedes lo saben bien, dialogando vivamente durante ellos y aportando su propia contribución dirigida a salvaguardar la consideración de la centralidad de la persona humana en estas deliberaciones.

Pero, juntamente al acompañamiento de las iniciativas internacionales del decenio pasado, la Iglesia ha procurado estar ella

misma presente, con sus propias intervenciones, en el campo de la promoción humana mediante la educación.

Quisiera recordar ante todo las intervenciones a nivel del Magisterio Pontificio. Es verdaderamente imposible poder elencarlas, sobre todo aquellas tenidas por el Santo Padre en sus múltiples viajes pastorales ante los diversos contextos nacionales o continentales. Me gustaría recordar una intervención de carácter universal, que adquiere, a mi entender, un particular relieve bajo este aspecto: la Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, cuya originalidad mayor consiste precisamente en replantear en función de la actualidad, la rica, valiente, y desafortunadamente poco seguida doctrina social de la Iglesia sobre el desarrollo humano.

Me parece también muy digno de mencionar el hecho de que el Santo Padre ha instituido algunos nuevos Organismos en la Curia romana para incrementar, a nivel de la Iglesia universal, iniciativas al servicio del hombre, estudiando aquellos problemas humanos que a ritmo creciente solicitan la atención de la Iglesia. Se trata de los Pontificios Consejos para los Laicos, para la Familia, para la Justicia y la Paz, para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, para la Cultura, para las Comunicaciones Sociales, y otros más... Desde su ángulo particular cada uno, por sí mismo y en conjunto con los otros, ha ofrecido una contribución muy grande a la causa de la promoción integral del hombre y de la sociedad.

El Santo Padre ha intervenido más directamente sobre la educación al hacer en 1990 un llamado vibrante a la Universidad Católica invitándola a cooperar de manera concreta al progreso de la sociedad donde se encuentra. Se trata de un valioso documento, titulado *Ex corde Ecclesiae*, en el que las Universidades católicas han sido invitadas a buscar modos para que los beneficios de la educación universitaria lleguen a todos, principalmente a los pobres. Se pide a los profesores y a los medios de comunicación social que incrementen programas de educación para que el conjunto de los conocimientos humanos y una mayor comprensión de la fe sean puestos a disposición de un público cada vez más vasto.

A los pronunciamientos oficiales de la Iglesia de Roma deben añadirse los que han hecho en muchas naciones del mundo las Conferencias Episcopales, con el fin de aplicar las orientaciones del Santo Padre a la situación de sus propias Iglesias. Los Obispos de

este país publicaron una importante Instrucción Pastoral en 1987 bajo el título significativo de la «*Presencia de la Iglesia en el mundo de la educación en México*». Es un documento que sigue de cerca las ideas y el camino trazado por el Santo Padre en su discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla y que está penetrado del espíritu de esta histórica Conferencia.

Pero lo más importante es que las orientaciones del Santo Padre y de los Obispos se han visto secundadas muy eficazmente por una incesante actividad de todos los fieles cristianos en todo el mundo durante estos últimos decenios con miras a la promoción humana mediante la educación en sus diversos niveles y formas. De nuevo, aquí será imposible que yo trate de enumerar el sinfín de iniciativas tomadas por ellos, siguiendo siempre la estela luminosa de una tradición ya secular y hasta milenaria en la Iglesia. Debemos recordar que ha sido una prerrogativa de la Iglesia contar con un verdadero ejército de hombres y mujeres consagradas a Dios, religiosos y religiosas, que se dedican de por vida a la educación cristiana, desde el Kindergarten hasta los centros de estudios superiores. Están presentes en los territorios de misión o en los de vieja cristiandad; lo mismo en los países en desarrollo que en los altamente desarrollados. Ultimamente, a ellas se está uniendo una nueva categoría de agentes de este apostolado, hombres y mujeres laicos, que asumen, además, una fisonomía particular, en cuanto que no sólo están cooperando dentro de las formas de la educación convencional, sino que desarrollan un papel importantísimo por medio del voluntariado en la educación informal.

Permítanme darles rápidamente algunos números que les ayuden a hacerse una idea del panorama general:

—hay actualmente más de 170 mil escuelas católicas en el mundo; ellas atienden a más de 42 millones de estudiantes.

—Las universidades católicas son más o menos 900; las Facultades eclesíásticas unas 150.

—En cuanto a las personas que, como dije, se dedican —dentro del voluntariado católico—, por ejemplo a dar catecismo en las escuelas no-católicas o a adultos, es francamente imposible hacer cálculos: porque junto a los sacerdotes, hermanos religiosos, y religiosas, esta encomiable tropa está formada principalmente por catequistas laicos, hombres y mujeres, en tal cantidad que es difícil ha-

cer estadísticas..., y aunque las hubiera, ellas no darían la verdadera talla del valor de su valiosa contribución a la educación católica.

Es necesario que añada, para completar el cuadro sobre la situación de lo que hace la Iglesia por la educación, el dato real de que la escuela católica, en todos sus niveles, goza hoy generalmente de una óptima reputación. La razón principal estriba en la calidad didáctica y en la profesionalidad de sus maestros, y en el ambiente sano que se respira en ella como consecuencia de su pedagogía evangélica y de la dedicación abnegada y virtuosa de sus directores.

No obstante, debo también contrabalancear este dato diciendo que también casi mundialmente la escuela católica se encuentra seriamente limitada en su actividad por legislaciones que en diversas formas coartan la libertad de enseñanza. Sucede especialmente en países de África y de Asia.

En otras partes el mayor problema deriva de una falta de suficiente apoyo económico, ya que, al no recibir ayuda del Estado, la escuela católica debe sostenerse con la paga de las colegiaturas de los alumnos; el resultado es que entonces la educación católica se ve largamente confinada a los sectores económicamente privilegiados, y se convierte en elitista.

A nivel de la universidad, puede decirse que los vínculos históricos que desde el inicio han existido entre ella y la Iglesia, se han visto fortalecidos enormemente a partir del Concilio Vaticano II, dando testimonio fehaciente de la fidelidad que la Iglesia mantiene a Cristo al tratar de evangelizar por medio de la ciencia y de la cultura. Con mucha razón el Papa Juan Pablo II pudo escoger como título para su documento sobre la Universidad Católica que antes recordé, las expresivas palabras: *Ex corde Ecclesiae*: «Desde el corazón de la Iglesia», pues, efectivamente, la historia demuestra que la Universidad ha brotado del corazón y permanece todavía en el corazón de la Iglesia.

Para mostrarlo mejor, permítanme remontarme brevemente en el tiempo para examinar esta relación. Como saben, durante la Edad Media la Iglesia creó escuelas al lado de las catedrales y de las comunidades monásticas; Laón, Chartres, Tours, Saint Victor fueron, entre otros, nombres famosos. Ellas han sido consideradas los inmediatos predecesores de las grandes Universidades europeas de los

siglos XII y XIII, en Bologna, París, Oxford, Salamanca y otros lugares. Alrededor del año 1400, existían 64 universidades.

Más tarde surgieron también en el Nuevo Mundo apenas descubierto. En el continente latinoamericano, durante el período que va del 1538 al 1826, se fundaron 33 universidades, unas veces por la Colonia y otras por las Ordenes religiosas. Así las de Santo Domingo; la de México; la de San Marcos en Lima, y otras muchas... universidades que han jugado papel preponderante en la configuración cultural de los pueblos latinoamericanos.

Cuando en 1767 aconteció la expulsión de los jesuitas de los reinos de España y de Portugal, se dio inicio a un proceso de progresivo desalojamiento de la Iglesia de los campos de la educación, el cual creció mucho más con la llegada de la independencia de las nuevas naciones. Entonces la universidad latinoamericana comenzó a orientarse según el modelo napoleónico, que proponía un sistema de educación nacional correspondiente a las necesidades de cada Estado. Tal espíritu de servicio a la nación, unido a un pensamiento inspirado en el positivismo, y, con frecuencia, en un sentimiento anticlesiástico, configuró importantes universidades, como la de Buenos Aires en 1821, la Universidad Central del Ecuador, y la Universidad de México abierta en 1910.

Razones político-culturales han dado origen, pues, por primera vez en la historia, en América latina —y también en Europa—, a universidades que han sido del todo extrañas e incluso hostiles a la Iglesia. Tal hecho ha sido la causa del nacimiento de universidades que se han llamado expresamente «Católicas», en cuanto erigidas por la Iglesia o por instituciones privadas de creyentes, con el firme propósito de proclamar públicamente el papel de la Iglesia en el ámbito universitario. Vuelvo a recordar que hay actualmente 900 universidades «católicas» en el mundo.

Y no podría terminar este cuadro de lo que la Iglesia hace hoy en el mundo por la educación católica sin referirme a esas instituciones de educación tan importantes y también tan singulares como son los seminarios. Se trata de planteles fundados por la Iglesia a partir del Concilio de Trento con el propósito de preparar en ellos específicamente a aquellos jóvenes que serán el día de mañana los pastores del pueblo de Dios. No hay institución educativa que esté más cerca del corazón de la Iglesia que sus seminarios, a los que considera y

cuida verdaderamente como a la niña de sus ojos. Lo expresó muy bien uno de los grandes Obispos de este país, Mons. Rafael Guízar y Valencia, recientemente beatificado, diciendo que «un Obispo puede carecer de catedral, báculo o mitra, pero no de seminario».

II. La situación de la educación católica en Latinoamérica y en México

El repaso histórico de la Universidad latinoamericana, antes recordado, me lleva de la mano hacia la segunda consideración que me he propuesto hacer en esta conferencia y que precisamente se refiere a la situación concreta de la educación católica en Latinoamérica y en México.

Como ha anotado algún comentarista, la Declaración Conciliar *Gravissimum educationis* dejó de ser un destello fugaz gracias a que existió el Continente Latinoamericano, con sus gentes, sus Pastores, sus religiosos y sus laicos. Yo también así lo afirmo, apoyándome en la constatación de la aportación tan acertada y tan generosa que ellos han dado concretamente ante sus necesidades vastas y urgentes. Quiero, en primer lugar, poner de relieve el número y la calidad de los documentos emanados por los Pastores de las Iglesias latinoamericanas, derivados e inspirados en los que emanaron las Asambleas Generales del Episcopado en Medellín, Puebla y Santo Domingo.

Este continente se ha caracterizado en sus últimos años por un enorme crecimiento demográfico y económico. Por tanto se ha acelerado la demanda de la educación a todos los niveles que, en correspondencia ha encontrado un considerable aumento de la oferta, proveniente en especial del sector estatal. Hay que reconocerlo con satisfacción.

Pero también la Iglesia ha cooperado con notable eficacia. Quiero afirmarlo en general, sin entrar en estadísticas; bastará recordar que la acción educativa de la Iglesia católica en América latina es actualmente responsable del 13.48% de la población escolar y que su liderazgo es notable por la calidad académica de sus planteles y por la creatividad de sus iniciativas, ideas y propuestas en este campo. Deberá también tenerse presente que la Iglesia educa a muchos otros sectores de la sociedad latinoamericana sirviéndose

de mediaciones no escolarizadas y allegándose hasta los más desprotegidos de la sociedad.

Quisiera más bien detenerme en aquellos aspectos que señalan las expectativas de la Iglesia latinoamericana en materia de educación.

Ella espera, en primer lugar, de muchos gobiernos latinoamericanos una distribución de los recursos financieros que, olvidando intereses y conveniencias de tipo político, abrace también la oferta no-estatal, confesional o no, y los apoye según criterios de equidad y de justicia. De esta manera se hará posible pensar en una preferencia por los sectores poblacionales menos favorecidos, que les lleve mayormente los beneficios de la educación.

Pero la Iglesia no debe olvidar que la creciente demanda educativa está planteando nuevos retos, que sobrepasan los campos de la educación convencional. Aunque ya esté preparada y haciendo mucho para responder a ellos, la IV Conferencia General del Episcopado en Santo Domingo señaló con especial vigor el hecho de que la labor educativa se desenvuelve ahora en Latinoamérica dentro de un contexto de cambio social y cultural, caracterizado por una secularización creciente. A la Iglesia, por tanto, tocará estar atenta a que la educación cristiana se fundamente en una verdadera antropología evangélica, que abra al hombre hacia Dios Creador y Padre, hacia los demás como a hermanos, y al mundo para potenciar sus virtudes y sin ejercer sobre él un dominio tal que destruya la naturaleza.

Tales perspectivas tienen significado también para México, pero adquieren también un sentido especial. Creo que hoy existe en este país un panorama global respecto a la educación que se caracteriza mayormente por signos esperanzadores.

Efectivamente, la sociedad mexicana se encuentra ahora en un agudo contexto de transición cultural, como consecuencia de su propia historia, y como reflejo de la situación de cambio que se vive en el mundo entero. Considerando el camino recorrido desde la Independencia hasta hoy, puede estimarse que la transición que México ha vivido en estos dos últimos siglos es, bien considerada, una increíble hazaña; porque el país debió pasar de una organización centralista monárquica a estructuras constitucionales que fue-

sen capaces de incorporarlo al desarrollo y de construir cauces para su propia cultura. Ha sido, sin duda, un proceso difícil, a veces doloroso, a ratos incierto y contradictorio, y hoy ciertamente todavía inacabado. En conjunto, sin embargo, puede decirse que ha establecido las bases sobre las cuales hoy se puede y se está estableciendo un mejor futuro.

Naturalmente entre estas bases tiene importancia capital la organización de un buen sistema educativo para la niñez y la juventud. Los mexicanos confían en la educación, en la mejora de la educación nacional que ya se va poniendo en obra, porque la consideran la clave para abrir el futuro por ser ella «capaz de condicionar otros procesos» (Instrucción Pastoral «*Presencia de la Iglesia en el mundo de la Educación en México*», de 1987, n. 74).

Hoy todos reconocen que los esfuerzos de los mexicanos, y en primer lugar del Estado, para dar respuesta a la creciente demanda educativa de la población, ha sido verdaderamente impresionante, y que los buenos resultados están a la vista; pero parece a la vez evidente que las deficiencias que se observaron y las que subsisten todavía deben adjudicarse sobre todo a la forma como se ha concebido y como se opera la actividad educativa. Puede pensarse justamente que la legislación se ha resentido por mucho tiempo de las contradicciones que han señalado la historia política del país, con sus luchas de poder, las cuales han hecho uso del sistema educativo como de un mecanismo para el control social.

Por eso, quien mire al horizonte sin aferrarse al pasado, debe sentir para este momento de México la necesidad de un sistema educativo más personalizado y más comunitario; modelado más por la sociedad que por el Estado.

Lo mismo puede decirse del contenido de las enseñanzas. Ellas, quizás, se han inspirado hasta ahora desproporcionadamente en el laicismo y en el positivismo.

Sobre este importante asunto los Obispos afirman con indudable perspicacia en el documento antes recordado, que «hoy podemos deslindar claramente estos dos campos» (*ib.*), cosa que fue difícil en el pasado. Efectivamente, una tendencia uniformante de la planeación educativa bajo este signo, y que, en consecuencia, no toma en la debida cuenta a las personas y a los grupos diversos, y a las dife-

rentes culturas y regiones que conforman el país, irá también en daño de la verdadera formación al no atender con suficiencia la cuestión de la educación a los valores, como lo han podido apreciar muchos sectores de la población, principalmente los más responsables, al denunciar que una cultura de valores no se ha visto presente con la debida incisividad en los programas de educación ofrecidos por el Estado, y que en algunos casos ha estado claramente ausente.

III. Prioridades educativas actuales

Ante estos diversos panoramas, que nos han proporcionado una visión de la situación de la educación tanto a nivel mundial, como latinoamericano y mexicano, queda ahora proponer, a modo de conclusión, una breve enumeración de prioridades que parecen emerger en este campo. Tendré en cuenta sólo aquellas que parecen las más urgentes.

a) La primera será garantizar efectivamente a todos la educación de base.

Porque a pesar de los innegables progresos que se van dando en el mundo, el derecho fundamental a la educación es negado todavía hoy a 948 millones de adultos analfabetos, a 130 millones de niños comprendidos en la edad de entre los 6 y los 11 años, a 277 millones de adolescentes no escolarizados.

En esta misma línea, hay que recordar que existen sectores de la población mundial que no se benefician de la educación con una medida de igualdad, porque resulta que de cada tres mujeres adultas una es analfabeta, mientras entre los hombres adultos lo es uno de cada cinco. Desproporciones del género afectan a grupos especiales desfavorecidos: los campesinos, los minusválidos, los emigrados, las minorías étnicas.

Esta grave injusticia, que afecta sobre todo a los países en desarrollo, es el resultado del desvío hacia otros intereses de recursos que deberían destinarse a las escuelas y los maestros.

La dramática crisis económica que se abatió sobre regiones de Africa, América latina, el Caribe y el Asia meridional durante los

años '80 ha hecho que sea mayor ahora la pobreza en los medios que se invierten para la educación de base.

Por tanto, podemos reafirmar que en el carácter de desigualdad de los intercambios internacionales reside la causa fundamental de la pobreza material de los medios de educación en muchos países.

b) En consecuencia, la segunda prioridad consiste en poder desarrollar una *educación al sentido de la solidaridad* en un mundo cada vez más marcado por la diferencia Norte/Sur.

El problema Norte/Sur es un asunto grave que la humanidad deberá afrontar en el próximo futuro. Es un problema que no puede resolverse sólo a nivel de la política o de la economía; requiere un cambio de mentalidad, una mutación cultural, una conversión del corazón.

El concepto de solidaridad deberá saber comprender y abrazar la aspiración tan sentida a la justicia social y a la superación de las desigualdades tradicionales. Atenta al aspecto subjetivo y personal, deberá satisfacer las exigencias del individuo, valorar el derecho de cada uno a la diferencia, y favorecer la corresponsabilidad. La solidaridad no deberá confundirse con el asistencialismo, sino que se esforzará en la línea de que cada persona, especialmente la marginada, llegue a ser ella misma actor de su propio destino y del de su comunidad.

Desde este punto de vista puede también apreciarse la importancia que reviste la educación religiosa, en cuanto que ella contribuye notablemente, además de a realizar una formación integral de la persona, a una motivada educación a la solidaridad.

c) Pero otra importante prioridad consiste en *aumentar la calidad misma de la educación*.

Si, como he insinuado antes, en el pasado reciente la formación tecnológica ha sido considerada el motor del progreso y desarrollo, hoy se percibe y se hace sentir fuertemente la exigencia de respetar en todo este campo el factor humano.

En esta línea deben inscribirse tendencias pedagógicas hoy tan recomendadas como la de que el maestro sepa respetar y escuchar a

los alumnos, y se exprese de forma simple y precisa. Sobre todo a nivel programático se va imponiendo seriamente la preocupación de educar en la lógica humana y en la sana crítica, educar a la decodificación de las informaciones manipulatorias, respetar la sensibilidad religiosa y procurar una formación integral, inspirada en un verdadero humanismo.

En este campo se espera mucho del carisma educativo de los cristianos, pues el don divino y gratuito de la salvación, «lejos de deshumanizar al hombre, lo perfecciona y ennoblece; lo hace crecer en humanidad» (DP 1013).

Por este motivo la educación católica se ha distinguido por la calidad académica de sus prestaciones, pero también por el hecho de que, teniendo en cuenta el progreso de la psicología, de la pedagogía y de la didáctica, ha tratado de infundir aquellos valores que hacen del hombre un verdadero hombre y, además, un verdadero cristiano. Ella se esfuerza para que los educandos desarrollen armónicamente sus condiciones físicas, morales e intelectuales; a que adquieran gradualmente el sentido de la responsabilidad y de la libertad verdaderas; a que aprendan a superar los obstáculos de la vida con fortaleza y con grandeza de alma.

La educación católica se esfuerza sobre todo para que sobre la base de un material humano bueno como éste, se vaya edificando, piedra a piedra, la personalidad cristiana, la del discípulo de Jesucristo, estimulando a apreciar con recta conciencia los valores morales del Evangelio y a prestarles la adhesión personal: la verdadera educación católica lleva a conocer y a amar a Dios (cf. GE 1).

d) No me es posible terminar sin añadir a la lista de prioridades una más: la necesidad de *promover la formación y la competencia de los educadores católicos*. Porque son ellos, con la calidad de su estilo pedagógico, la garantía de la buena educación católica, como Don Bosco gustaba repetir a sus hijos infundiendo una pedagogía de amor:

«Recordad —decía— que la educación es cosa del corazón y que sólo Dios es el dueño y que nosotros no podremos alcanzar cosa alguna si Dios no nos enseña el arte y nos pone las llaves en la mano... Procuremos hacernos amar, insinuar el sentido del deber y

del santo temor de Dios, y veremos con admirable facilidad abrirse las puertas de muchos corazones».

Conclusión

Las palabras de este Santo educador traen a mi mente aquellas con las que Jesús describe su misión: «El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida» (*Mc* 10, 45). También la Iglesia está animada de este anhelo de servir: «ella no pide para sí otra licencia sino la de servir amorosa y fielmente, con la ayuda de Dios, a los hombres» (*AG*, 12). A través de la educación ofrece su servicio a todos los hombres y a todos los pueblos, sin discriminación alguna, para el bien de la sociedad terrena y para la edificación de un mundo más humano (*cf.* *GE*, 3).

Comprendemos que este servicio al que estamos llamados por el Señor no es fácil; frecuentemente tenemos que hacer cuentas con increíbles contrastes y con amargas desilusiones. ¡No hay por qué desanimarnos! El amor de Cristo nos impulsa a afrontar todas las dificultades para colaborar con El en la empresa maravillosa de hacer al hombre plenamente hombre.

En el discurso que el Santo Padre dirigió en noviembre a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica, hacía la siguiente consideración: «La educación constituye ciertamente uno de los compromisos prioritarios de la Iglesia en esta parte final del milenio, marcado por heridas dolorosas, pero abierto también a posibilidades extraordinarias» (15 de noviembre de 1995).

En el programa pastoral para la diócesis de Milán de 1987 observaba el cardenal Martini: «¿Qué Iglesia podrá educar, si no una que sea Iglesia apasionada, que no se deja "cortar las alas" por las desilusiones, que no "desmonta nunca" de su turno de trabajo, que ante los indiferentes no sabe decir "¡que se las arreglen!"? ¿Qué Iglesia podrá formar personas y comunidad, si no aquella que conoce la espera, la angustia, el tormento, el gozo, la paz del apóstol?» (*Dio educa il suo popolo*, p. 56).

Así que yo quisiera que la espera, la angustia, el tormento, el gozo, la paz del apóstol fueran también nuestra espera, nuestra an-

gustia, nuestro tormento, nuestro gozo, nuestra paz. Este es mi deseo y mi oración para todos Ustedes.

Gracias.

CARDENAL PIO LAGHI

Creado cardenal en el consistorio de junio de 1991, fue nombrado prefecto de la Congregación para la Educación Católica el 1 de julio del mismo año. Gran Canciller de la Pontificia Universidad Gregoriana, y miembro de las Congregaciones para la Evangelización de los Pueblos, para los Obispos y para el Clero.

